

## **El Código Da Vinci Justo lo que necesitábamos, otra conspiración.**

*Extractado de unos apuntes sobre la novela*

Las teorías de conspiración siempre fueron muy populares. El público se siente atraído hacia ellas porque en realidad son siempre más exitantes que la verdad y los hechos reales. Basta mencionar una de las más recientes, la muerte de la princesa Diana. Toda la evidencia del caso apunta hacia un accidente automovilístico, pero esa simple explicación no vende periódicos "tabloid", programas televisivos ni libros. Es más lucrativo promover una conspiración de parte de la corona británica. Otros ejemplos son los relacionados con los ovnis. El gobierno, por supuesto, ha conspirado para ocultar la verdad de múltiples contactos con naves y extraterrestres. No nos olvidemos de la muerte del presidente Kennedy. Las teorías conspiracionistas tienen un pequeño problema. No existe la más mínima evidencia que corrobore las suposiciones.

El Código Da Vinci también se revuelve alrededor de una conspiración por parte de la iglesia católica, la de ocultar durante siglos los verdaderos orígenes del cristianismo. Según Brown, durante los primeros siglos, los cristianos nunca pensaron que Jesús era Dios, sino que lo consideraron un simple mortal que vino a traer un mensaje de amor, unidad, paz, y equilibrio entre lo masculino y lo femenino poniendo énfasis en el sagrado femenino. Para poner en práctica estas enseñanzas Jesús hizo de María Magdalena su esposa y encargó a ella el futuro del movimiento. Pedro, oponiéndose a esto y como buen machista, dio un "golpe de estado", se erigió en líder y suplantó las enseñanzas de Jesús por las de él. María, que en el momento de la crucifixión estaba embarazada de Jesús, se ve obligada a huir hacia territorio francés y allí la descendencia de Jesús dio inicio a la dinastía de los reyes merovingios de Francia, y María pasa a ser la diosa femenina encarnada, siendo ella misma, y por extensión su vientre, el famoso "Santo Grial." El mentado cáliz no resultó ser la copa donde Jesús compartió la última cena con sus discípulos (para pesar de Indiana Jones y su padre", Sean Connery), sino María y la descendencia de Jesús. Este es el gran secreto que la iglesia católica ha ocultado por siglos.

¿Fue la familia real merovingia la fundadora de París, como dice Brown? (CDV , p. 319). Cualquier historiador pondría el grito en el cielo ante esta posibilidad. París fue fundada por una tribu céltica gala llamada los Parisii en el siglo III a.C. Los merovingios hicieron de París la capital del reino franco en el 508 d.C. --- ésta es la verdad registrada en la historia sin lugar a dudas, a menos que alguien invente otra teoría conspiracionista al respecto.

### **La trama**

Robert Langdon, el ya mencionado profesor de Harvard, se encuentra en París invitado a dar una conferencia al cabo de la cual la policía judicial de la ciudad, al mando del inspector Bezu Fache, le requiere presentarse en la escena de un crimen cometido en el Museo del Louvre. La "seriedad" de la historia que sigue a continuación hubiera merecido mejor al inspector Clouseau, de la conocida serie de películas La Pantera Rosa, a cargo de las investigaciones.

El muerto era el conservador del Museo, Jacques Suniere, supuesto experto en diosas y en lo "sagrado femenino." Antes de morir, Suniere se las ingenia para dejar pistas de un secreto muy bien guardado, de modo que sólo cierta gente especializada en simbología, criptografía e historia de las religiones pudieran descifrar el mensaje. Estas personas eran Langdon y la propia nieta de Suniere, Sophie Neveu, una joven policía francesa del departamento de criptografía de la Judicial. Asegurándose que su cuerpo inerte quedara en la posición de piernas y brazos abiertos dentro de un círculo como el *Hombre de Vitrubio*, la pintura de Leonardo Da Vinci, y dibujando con su propia sangre claves numéricas, anagramas y un pentáculo sobre su propio cuerpo, y la frase en el piso a modo de posdata, "Buscar a Robert Langdon", Suniere se aseguró post mortem que su nieta, la criptógrafa, fuera llamada a la escena del crimen para asistir en la investigación. La presencia de Langdon en el lugar estaba garantizada desde el momento que el jefe Bezu Fache lo consideró el primer sospechoso basado en la escritura del suelo.

¿Cuál es el secreto que los personajes "buenos" de la novela descubrirán en los 105 capítulos

de la obra? En la sección anterior ya lo hemos discutido, pero hay pormenores en la trama que explicaremos brevemente. Para empezar, Suniere era el Gran Maestro de una sociedad secreta llamada el "Priorato de Sión." Esta sociedad es la que ha custodiado el secreto que ya hemos mencionado, que el Santo Grial fue Magdalena y por extensión, su vientre, y lo relacionado con la línea sanguínea de Jesucristo y la devoción a lo sagrado femenino. Este secreto, si llegara a conocerse sacudiría los cimientos del cristianismo para siempre. La tarea de esconder de la mano de la iglesia católica la localización de los huesos de María y los documentos que acreditan la descendencia de Jesús, fue encargada por largos siglos al brazo armado del Priorato de Sión, los Caballeros Templarios. Los Templarios logran ser eliminados por el rey Felipe de Francia y el papa Clemente en 1307, pero el Priorato de Sión se las ingenió para salvaguardar el secreto hasta estos tiempos modernos.

Sauniere, el conservador del Museo del Louvre que fue asesinado por un numerario del Opus Dei, era el Gran Maestro de la Hermandad del Priorato de Sión. En ese mismo día fueron asesinados también otros tres guardianes del conocimiento del Santo Grial y miembros del Priorato. Las pistas dejadas por Suniere conducen a la famosa obra de Leonardo Da Vinci, la Última Cena, donde Leonardo, siendo el Gran Maestro del Priorato de Sión durante su vida, dejó pistas, claves y símbolos trazados con su pincel.

Suniere y su nieta Sophie resultan ser miembros de la dinastía merovingia, la descendencia de Jesús. Sophie ignoraba todo esto y recién se entera de su linaje en el final de la novela. Ella estaba distanciada de su abuelo porque años atrás involuntariamente sorprendió a su abuelo en una ceremonia pagana en la que su propio abuelo participaba con una mujer en un acto sexual rodeado de espectadores enmascarados que cantaban y danzaban frenéticamente en derredor del altar donde el rito sexual se realizaba. Sophie nunca permitió a su abuelo explicar la situación y decidió apartarse de él sin conservar ninguna comunicación. Sobre el final del libro nos enteraremos que la mujer que galopaba encima de su abuelo, acostado boca arriba en el altar, era su abuela, y todo lo que estaban haciendo era simplemente practicar su religión y mantener viva la "fe."

El resto de la historia es inconsecuente para el propósito de nuestro libro, pero muchas de las circunstancias, personajes, incongruencias y errores son analizados en los siguientes capítulos. Suficiente es decir que el Santo Grial, la osamenta de María Magdalena, se encuentra bien a salvo guardado en el interior de la famosa pirámide del arquitecto I.M. Pei localizada en la entrada del Museo del Louvre. Robert Langdon llega finalmente a saber la ubicación del Santo Grial, pero eso es todo. De modo que nunca sabremos lo que contenía la cripta de María Magdalena, si un nuevo evangelio gnóstico, si un monumento fálico, si un manual de posiciones para tener relaciones sexuales, o la lista de mercado de María en su último día de vida.

### **Una crítica literaria**

Corresponde aclarar al lector que yo no estoy calificado para hacer una crítica literaria adecuada por la razón de que considero que leer novelas es perder el tiempo. Es para gente que está aburrída y por lo general lleva una vida poco productiva. Reconozco que tampoco voy al cine a menos que la película tenga un mensaje positivo, clase que brilla por su ausencia hoy en día. Si usted ya está pensando que soy un tipo raro, aun hay más. Tampoco voy al cine porque me niego a vivir mi vida vicariamente. Por naturaleza propia no puedo sumergirme en la vida de otras personas por dos horas y abandonar la mía --- en otras palabras, perder dos horas de mi vida. En mi opinión, la cual yo respeto muchísimo, perder el tiempo es inmoral. Mi fobia natural al entretenimiento superficial (99 por ciento lo es) alcanza proporciones inusitadas cuando se trata de leer una novela, algo que puede llevar días o semanas. Yo realmente siento pena por la persona que necesita entretenerse de tal manera. También siento lástima por aquellos cuya mayor razón para vivir un día más es la expectativa de lo que sucederá en el episodio de la novela televisiva del día de mañana.

Me fastidia, además, la cursilería del novelista típico cuando describe a las personas. Brown no es la excepción y como ejemplo veamos la descripción que hace de Sophie Neveu en su primera aparición: "Langdon se volvió y vio una joven que se acercaba hacia ellos, avanzando

por la galería con paso ligero, resuelto, cadencioso, cautivador ... suéter irlandés de color beige que le llegaba hasta las rodillas y unas mallas negras ... el pelo, color caoba, le caía suelto sobre los hombros, enmarcando un rostro de cálida expresión" (CDV, p. 71). Mi pregunta es, ¿a quién le interesa todo esto? Quizá a alguien que quiera escribir la letra de un tango o una balada romántica. ¡Pero qué digo! Es evidente que hay cabezas huecas que leen este tipo de cosas, una realidad que me ha costado aceptar.

Continuando, Brown contrasta la "belleza sana" y el parecer "auténtico" de Sophie con "las rubias desamparadas y tontitas que adornaban los dormitorios de los estudiantes de Harvard" (CDV, p. 71). Una frase bastante chocante para la feminista que comenzó a leer la novela y tenía la impresión de que Brown poseía un tremendo respeto por la femeneidad. No sólo las llama tontitas, sino que además las acusa de ser juguetes sexuales de propósito utilitario (adornaban los dormitorios). Lo siento, pero mi extremo pragmatismo me hace ver estas cosas, a menos que me saque el cerebro y lo ponga en la mesa de luz antes de ponerme a leer.

En otro orden de cosas, prueba suficiente de que la novela fue escrita a las apuradas y que el corrector de prueba hizo un trabajo superficial, es el hecho de que la edad de Sophie es fijada con exactitud en los 32 años en la página 70: "A sus treinta dos años, era tan decidida que rozaba la obstinación", pero en la siguiente página se le describe con una aproximación: "Era atractiva y tenía unos treinta años." Es obvio que en la confección de la obra se dejó de lado la regla número uno del escritor: corregir, corregir, y corregir. Por momentos parecería que Brown no decanta bien sus pensamientos. Por ejemplo, en la misma página 71 dice que Sophie Neveu "pronunciaba las palabras con un acento mitad inglés y mitad francés." Creo que voy a dejar que algún lingüista destacado me explique cómo puede ser tal cosa. He tratado de imaginármelo pero carezco de la chispa. ¿Habrán querido Brown decir que Sophie hablaba en inglés con acento francés o viceversa? O el uno, o el otro. En realidad no me explico cómo una palabra puede pronunciarse con dos acentos, mitad y mitad.

La obra de Brown, además, contiene un misterio aun más grande que el del Santo Grial, y es uno que no pudimos encontrar por ningún lado, la columna vertebral de la historia. Los que saben de novelas le llaman el "asunto." El asunto debe sostener el misterio. José Andrés Bonetti, profesor de Historia y doctor en Filosofía, lo pone en forma magistral en el siguiente comentario que extractamos de su notable crítica:

**¿Cuál es el asunto que sostiene al misterio (por qué y quién o quiénes han asesinado a Jacques Saunière)? Ninguno, salvo una recorrida turística por París y Londres. Pero, qué se esconde detrás del pretendido misterio. Respuesta: el Grial, su verdadera identidad, su localización y aún más el secreto de los secretos, la verdadera naturaleza de Cristo y su relación con María Magdalena. Esta serie de "secretos" en realidad fueron los tópicos del sub-género conocido como realismo fantástico y que estuviera de moda por la década del sesenta representado por autores tan poco sólidos como Gerard de Sède (por no citar los más conocidos Louis Pauwels y Jacques Bergier). Descartando la imposibilidad de sostener este misterio (el Grial como metáfora del vientre femenino) a lo largo de 557 agobiadoras páginas le resta al autor tan solo un pobre recurso para mantener nuestra atención y motivarnos para avanzar en la lectura: la identidad del Maestro que se mueve tanto detrás del asesino Silas como del Obispo Aringarosa, su superior jerárquico .... Este Teacher se presenta como el titiritero que va moviendo sus piezas (Silas, el Obispo, Robert Langdon, el inspector Fache) en procura de llegar a conocer dónde se encuentra el Grial. El asesinato de Saunière involucra, al comienzo, al experto en símbolos norteamericano R. Langdon y, poco más tarde, a la misma nieta del conservador del Louvre (Saunière), Sophie Neveau (de la cual en una página se nos informa que cuenta con 32 años para enterarnos en la siguiente que roza los treinta5). No puede faltar, tampoco, el sagaz inspector, Bozu Fache (en la peor imitación o parodia de un Hércules Poirot), del cual se nos carga de información totalmente inútil sobre su condición de católico "conservador" (decimos información inútil pues la misma no produce consecuencia alguna en el progreso de la narración y la figura del inspector, como también su espiritualidad, se diluye promediando las**

primeras cuatrocientas páginas. Lo mismo hubiera dado si el autor nos hubiera dicho que Fache era nativo de Marsella y devoto del pescado frito). Los otros personajes que se presentan son, ya lo dijimos, Silas, el monje, y el Obispo Aringarosa, quienes servirán de pretextos para pintar al Opus Dei con tintes siniestros. Dejando de lado el ya remarcado hecho de que la obra no cuenta con monjes y concediéndole al autor el privilegio de la total libertad que parecería gozar el género novelístico, limitémonos a juzgarlo, por el momento, de acuerdo con las leyes del género mismo. Y subrayemos, entonces, cómo se han violado las mismas:

(1) se ha cargado al lector con información inútil;

(2) se coloca como protagonista a un curioso experto en símbolos, a quien una criptóloga debe auxiliar a cada rato (y al final de la novela tendrá que hacerlo la abuela de la misma);

(3) se despista al lector (violación de la regla diez de Chandler) adjudicando cada uno de los crímenes cometidos al Opus Dei, en primer lugar e indirectamente a la misma cúpula de la Iglesia Católica para, y en las páginas finales, desdecirse rápidamente al afirmar que ni el Opus Dei ni el Vaticano eran responsables de los crímenes; la necesidad de oxigenar el pesado (y vacío) asunto (y seguramente pensado en el futuro film) lleva a Brown a trasladar la acción del Louvre a un Banco Suizo, más tarde al Château de un Lord inglés (Sir Leigh) experto en el Grial y finalmente a Londres; tanto viaje acaba por fatigarnos. ¿Adónde llegan después de tanto correr? Ni Brown ni sus personajes parecen saberlo (y a propósito recordemos ahora otra regla literaria, esta vez de nuestro entrañable Horacio Quiroga: nunca comenzar una narración sin saber cómo terminarla...)

De suyo resulta bastante inverosímil (y siempre dentro de los límites del pretendido anything goes del género novelístico) que un experto en símbolos y una criptógrafa tengan que recurrir a iiotro experto!!, esta vez en el Santo Grial. Parecería que la barbarie de la especialización (que ya ha embrutecido a nuestros científicos naturales) comenzara a afectar también a los cultores de las ciencias del espíritu. Es insostenible, desde la técnica narrativa, la irrupción de nuestros prófugos en el castillo de Sir Leigh Teabing (especie de enclave británico en Francia), como también caricaturesca la britanidad del nombrado. Después de haberse resistido a recibirlos y tras someterlos a un grotesco test de pseudo tradición inglesa, les permite alegremente la entrada para iipasar a dictarles cátedra de Grial para principiantes!! Nuevamente nos sentimos consternados como lectores. La acción se detiene para cargarnos de pseudo explicaciones. Además aparece el infaltable mayordomo, Rémy Legaludec: atención a este punto pues es aquí en donde Brown despliega toda su deshonestidad como narrador. En primer lugar, el sirviente aparece como un fiel y celoso guarda de su amo (uno estaría tentado en pensar en el Néstor del genial Tintín, pero olvidémoslo: Hergé era un verdadero narrador y aquí reside toda su diferencia con Brown). El fiel mayordomo advierte a nuestro griálico Sir que sus huéspedes son perseguidos por asesinato. Y aquél reacciona de la manera más increíble: los traslada en jet privado a la civilización, es decir a Inglaterra. No queremos fatigar al lector (Brown lo ha conseguido para siempre) continuando con la reseña del pretendido asunto. Pero sí debemos seguir señalando las trampas de la novela. Ya en Inglaterra no hay misterio ni secreto alguno, tan solo la identidad del Teacher, que va dirigiendo desde las sombras a sus peones: Silas, el Obispo e indirectamente a Fache, quien, a la sazón, va eclipsándose de la historia. En la pérvida Albión aparece nuestro fiel mayordomo traicionando a su noble amo y a continuación se colma nuestra paciencia con un breve compendio del resentimiento (no queda lugar común por incurrir, inclusive la figura del antiguo sirviente imaginando cómo se hará servir en algún sitio idílico). Se nos aclara, es la voz objetiva del narrador omnisciente \_atención\_ la que habla, que el mayordomo ha traicionado a Leigh por dinero, tentado por el Teacher. Claro y no podía ser de otro modo: iel culpable es el mayordomo! Pero, ¿de qué es culpable? Ya a estas alturas no los sabemos, seguro que no de la divulgación del peculiar secreto por todos

**conocido. Pero las apariencias engañan y más tarde el mayordomo es asesinado (envenado, violación de la regla dos de Chandler7) por el Teacher, cuya identidad todavía se nos oculta (Brown es avaro con su último recurso y quiere estar seguro que el lector no desista de tan poco motivante lectura). Y a tanto correr, ¿dónde hemos llegado? Nuestros simbolistas se encuentran en la Abadía de Westminster, buscando la tumba de Isaac Newton. Será allí donde, por fin, conoceremos la identidad del Teacher: el propio Sir Leigh. Y entonces, ¿por qué se nos cargó con tantas referencias al resentimiento del mayordomo? ¿Por qué se devaluó la dialéctica hegeliana del amo y del esclavo si, al final, el esclavo seguía sirviendo a su amo? Brown no se ha privado de violar ninguna de las diez reglas canónicas de la novela policial. Así sacó de la galera su última y tramposa carta. La novela parece llegar a su fin. Ya estamos cansados de leer y, afortunadamente, Brown parece estar cansado de escribir. No hay asunto, no hay misterio, la trama está ausente con aviso, y finalmente, tampoco hay código de Da Vinci alguno que justifique el título (salvo la conocida escritura de izquierda a derecha del florentino). El Opus Dei y el Vaticano quedan, sabia y diplomáticamente, libres de cargo. El culpable es tan sólo un titiritero loco, que ni siquiera es cristiano. Sólo queda una última travesía por Inglaterra, en donde Sophie conocerá a su abuela y a su hermano y se enterará, finalmente, que el Grial no está en Gran Bretaña: un tesoro que se les escapó a los ingleses.**

[Una novela sin misterio, una historia sin secreto, EL CODIGO DA VINCI, José Andrés Bonetti, [www.geocities.com/symbolos/enbonetti\\_da\\_vinci.htm#n\\*](http://www.geocities.com/symbolos/enbonetti_da_vinci.htm#n*)]

El hecho de que Bonetti escriba desde la perspectiva de católico ofendido no disminuye en nada lo acertado de su comentario. En definitiva, luego de leer las 557 páginas del CDV, me quedó la misma sensación del que come el tan favorito de los niños algodón de azúcar, corto de sabor e incapaz de satisfacer. Todo lo que hacen los personajes del libro es andar por Francia e Inglaterra como desafortunados saltando de un enigma a otro, de un rompecabeza a otro, de adivinanza en adivinanza, igual que Batman y Robin persiguiendo al Acertijo, el conocido villano.

En lo personal no recomendaría este libro ni a mi peor enemigo, el maestro de escuela dominical de mi niñez, si es que aun vive. Como dijo Bonetti, no se debe empezar una historia si no se sabe como terminarla.

Por Pablo Santomauro <>